

mente se hace contra el matrimonio, notándose este fenómeno singular: Todo el que declama contra la union legal entre el hombre y la mujer, tal como la prescribe nuestra sábia organizacion, union inquebrantable, indisoluble, más firme todavía que la *cadena perpétua* á que son condenados los grandes criminales, se alegra interiormente, con gozo formidable, siempre que tiene noticia de alguna boda, y su alegría llega hasta el delirio cuando el marido cae en uno de los muchos escollos que esconde la *profesion*.

Las carcajadas de la sociedad cuando un marido naufraga, son, segun la frase profunda de un gran poeta:

«Bramidos de un mar que arroja
sus víctimas á la orilla.»

Y es que

«La sociedad toma á risa
todo lo que llega al alma;»

si bien en las tragedias conyugales, despues de tomarlo á risa lo toma á entretenimiento, á ocupacion asídua, de todo lo cual resulta que, los maridos, dignos de respeto en muchas ocasiones y acreedores á la pública gratitud casi siempre, están el mayor espacio de su vida perfectamente en ridículo.—Como no hay regla sin excep-

cion, en la que de buen grado establezco para el caso presente pueden entrar todos los maridos que gusten.

En la antigüedad podia el hombre impunemente ser marido. Los riesgos de tal estado caian siempre sobre la mujer. Brahma, decia de ella lo siguiente, segun apunta el Código de Manu:—«Tiene la boca del loto, pero el corazon de cortante acero; no ama á nadie, no ama más que á sí, y por un capricho mata ó hará matar á su marido.»—El poeta Simonide la negó primero la posesion del alma, viniendo luego á conceder, como gracia especial, que solo una, de cada diez mujeres *puede* estar dotada del espíritu que anima al hombre.—La infidelidad conyugal se castigaba en Asia montando á la adúltera en una borrica, con la cara vuelta á la cola y las mejillas untadas de cieno; despues de pasearla así de esquina en esquina, acompañada de los silbidos é injurias de la multitud, se la arrojaba completamente desnuda á los perros, que la hacian pedazos, devorándola instantáneamente.

En ningun caso considerábase al marido deshonrado por las faltas de su mujer, y jamás quedaban impunes los delitos de ésta. Al fin se portaban como lo que eran: sociedad de bárbaros, cuyo solo recuerdo subleva las conciencias

de los pueblos cultos que en este siglo XIX han alcanzado el apogeo de la civilizacion.

De etapa en etapa la mujer ha llegado, por fortuna, sino á su completa redencion, al ménos á ocupar un lugar distinguido en el concierto de la humanidad. Como esposa, hija ó madre, goza de altísima consideracion, y bien compensa la negacion de los derechos civiles—que tal vez logre algun dia—el predominio moral que ejerce en casi todos los pueblos de la tierra.

El cristianismo y el progreso la han redimido: bendigamos las causas fundamentales de su elevacion; pero séanos permitido hacer notar una aberracion que ha venido envuelta en el mejoramiento moral de la mujer, y que interesa grandemente en este ligero estudio de los maridos.

Elevada y dignificada la mujer, por decirlo así, se ha rebajado *algun tanto* la dignidad del hombre, precisamente en aquello que más atañe á su íntima naturaleza en su comercio con la mujer. Establecido el matrimonio como institucion fundamental, parece como que el cristianismo ha querido vengar á la mujer del largo calvario que sufriera en el estado de naturaleza y en los tiempos del paganismo, colocando la honra, el decoro, la dignidad del esposo, en la siempre mudable condicion de la mujer.

Las costumbres, que si bien arrancan de las

leyes, suelen extremar sus preceptos, han llegado en este punto á inconcebible exageracion. El marido, en su calidad de tal, es responsable ante el mundo, no tan sólo de sus actos, sino tambien y principalmente de los actos de su mujer. Habrá de ser castigado, en una ú otra forma, por las faltas ó delitos que cometiere, y por los que, sin su participacion, cometa su esposa; debiendo advertir que las faltas de la mujer son castigadas en el marido por la sociedad de la manera más cruel y sangrienta: con la burla y el desprecio. ¿Dónde está la justicia de semejante proceder?

Teniendo en cuenta este vicio, esta preocupacion absurda de las costumbres, se necesita, como digo al comenzar, el valor del héroe para decidirse á *tomar estado*, diciendo, como dice, la ciencia, que: «Además del diafragma, asiento comun de la sensibilidad, mucho más irritable en la mujer, hay en *ella otro centro* de sensibilidad que sostiene el carácter físico y *moral* de su naturaleza, que *determina* sus atributos físicos, preside á todas las funciones, *desarrolla* las modificaciones de su *instinto*, influye y *manda* en sus pasiones, gustos, apetitos, *ideas*, propiedades é *inclinaciones.*» (1)

Si á pesar de su engrandecimiento por la re-

(1) Doctor Viguera.

ligion y de su elevacion intelectual por la cultura, la mujer no puede dominar sus pasiones, por un *vicio* de su organizacion física, ¿qué garantía de *tranquilidad* tiene el hombre para lo porvenir al unirse *por toda la vida* á la mujer que ha elegido su corazon? Ninguna. No tiene, no puede tener confianza en lo que de suyo es frágil, segun dictámen de la ciencia, y ha de aceptar, sin embargo, desde el primer momento la responsabilidad de actos que *otra persona* puede cometer *fatalmente*.—De esta grandísima iniquidad resulta, dada la infinita variedad de caractéres y temperamentos que concurren respectivamente en los hombres, una variedad, tambien infinita, de maridos dignos de estudio.

Existe, en primer término, el marido bonachon, que voluntariamente y hasta con regocijo ha cedido uno por uno todos sus derechos, que acepta la autoridad de su mujer, la dictadura de su suegra y el sistema doctrinario de sus cuñados. Temperamento linfático, hombre metódico y de irreprochables costumbres, no se permite más *excesos* que asistir á alguna novillada, ó concurrir al teatro los domingos por la tarde. Despues de ésto, su casa, su oficina, sus hijos y su mujer. Él *pica* la ensalada, duerme á los chiquitines y toma parte en el tocado de su mujer cuando ésta vá á la tertulia de su prima; tertulia á la que él

no quiere concurrir, en primer lugar porque nadie le hace caso, y despues porque tiene que levantarse temprano y no le gusta trasnochar.—Es feliz, pero las gentes le llaman *cominero*.—De ella suelen decir cosas peores.

El marido filósofo. ¡Gran marido! Disfruta el haber que por clasificación le corresponde, cuyo haber asciende, por ejemplo, á ocho mil reales. Paga diez mil de casa, come bien, viste bien, fuma bien, y *la señora* posee un caudal en alhajas y trapos á la moda. La señora es muy bonita, más que bonita es hermosa, simpática, arrebatadora. El marido no sabe cómo demonio se arregla su mujer para estirar tanto los ocho mil reales anuales del haber consabido: sospecha alguna vez que se gasta *algo* más; pero no es curioso, y jamás pregunta una palabra acerca del asunto. Demasiado sabe que los vecinos, la sociedad, el mundo, gentes aficionadas á meterse en lo que no les importa, le critican por una esplendidez que nadie puede explicarse satisfactoriamente: él mismo llega á convencerse de que puede ser justa semejante crítica; piensa el asunto con el debido detenimiento... y acaba por convencerse de que sus escrúpulos son pueriles, se hace superior á tales nimiedades, y continúa tranquilamente su carrera: se juzga despreocupado, *filósofo*.

En esta misma esfera existe el marido que *hace la vista gorda*, según el dicho popular, no por propia conveniencia, sino por debilidad de carácter, por *amor* ó por *miedo* á su mujer. Cuando el amor llega á este punto, deja de serlo para convertirse en debilidad censurable que acusa un rebajamiento moral de primera fuerza; y si es el miedo la causa de su pasiva actitud, entónces no debe considerársele como hombre, eximiéndole de toda responsabilidad.—Contra estas dos clases de maridos, truena y aun relampaguea la sociedad, sin que á ellos, que andan gordos y colorados, les importe un ardite de tales murmuraciones. En este solo caso, fuerza es hacer justicia á la mujer: dichos maridos son acreedores á la *ornamentacion* que llevan; la tienen merecida con justicia sobrada.

El marido *belicoso* es uno de los más divertidos de la clase. Sus complacencias en determinados instantes le han creado una posicion falsa: la mujer ha conocido su flaco é intenta dominarle —y esto de la dominacion ha venido á ser una verdadera monomanía en la mujer.—Enérgico á medias, el marido de esta especie se muestra en ocasiones demasiado tierno, pecando otras veces de dureza. Estas que pudieran llamarse incorrecciones de carácter, le llevan hasta el extremo de convertir su casa en campo de agramante sir-

viendo de honesta diversion á los vecinos. Por la causa más fútil estalla la reyerta conyugal en la cual suenan toda clase de palabras fuertes y á veces suenan *cosas* que no son palabras. Si la reyerta surge en el momento de sentarse á la mesa, y se dan casos, es de ver cómo vuelan los platos hasta que alguna officiosa vecina más bien movida por la curiosidad que por la compasion, viene á ponerlos en paz. De estos escarceos domésticos se culpa siempre al marido, pues dicen con razon, que el hombre tiene el derecho y el deber de educar á su consorte, aunque no sea maestro de escuela.

El *predestinado* es más digno de compasion que de burla. Sério, formal, reflexivo, honrado, le ha caido en suerte una de esas mujeres impresionables, nerviosas, de corazon de fuego, de esas que *no pueden* dominar sus pasiones, que llevan á la práctica la teoría del *amor subjetivo* y que, á *su pesar*, abandonan la senda del deber para vagar por las trochas del capricho. El no sabe nada, nada sospecha..... y la sociedad le señala con el dedo. En él se cumple perfectamente aquella ironía de Ventura de la Vega:

«¡Todo Madrid lo sabia!

¡Todo Madrid..... ménos él!»


Pero como está escrito que el marido sea siempre la víctima, la sociedad le castiga, no ya

por las faltas de su mujer, sino por ignorar esas mismas faltas.

Como vengadores de estos y de otros maridos desgraciados, existe una raza, glorioso patrimonio de todas las épocas de la historia, que coloca el honor en lugar eminentísimo, sobre todas las cosas, que nunca transije en cuestiones de decoro, aun cuando se vea en el caso de sacrificar la vida á la honra. Algunos de estos hombres, al ser maridos, profesan la teoría de cortar el *nudo gordiano* á la manera del protagonista del drama de Sellés cuando el adulterio ha venido á romper moralmente el lazo matrimonial. Otros, por el contrario, considerando, de hecho, roto el nudo, por la misma causa, prefieren castigar la adúltera, sin llegar á la tragedia, azotando cruelmente su rostro con el látigo del desprecio, abandonándola á sus criminales y vergonzosos extravíos. En ambos casos se salva la dignidad del marido: ambos remedios son eficaces y no es posible señalar la supremacía del uno sobre el otro, porque su adopción respectiva depende en mucha parte de las circunstancias y hasta es cuestión de temperamento en el marido.

De todas maneras, la actual organización del matrimonio, su cualidad de indisoluble, sobre todo, le hace aparecer no como lazo de unión y de concordia entre el hombre y la mujer para

realizar *el fin originario* de la vida y de la naturaleza, sino como *lazo tendido* al hombre para hacerle caer en un abismo sin fondo, por el cual ha de vagar sin rumbo fijo el resto de su existencia, expuesto á romperse la crisma á cada momento entre el sarcasmo sangriento y las grotescas risotadas de una sociedad estúpida, que jamás se eleva ni por instinto á la noción de justicia al informar como juez y parte en el proceso del matrimonio.



XVII.

LOS HOMBRES SUPERIORES.

Una declaracion antes de entrar en materia.

Los hombres superiores de que ha de tratar el presente capítulo, lo son tan solo en su propia opinion. Aparte este juicio imparcial y modesto, el resto de los mortales los califica de mil maneras diversas, aunque nadie llega á concederles, ni en hipótesis, un quilate de superioridad.

Como esta clase de seres superiores no son patrimonio exclusivo de ningun pueblo, sino que por el contrario brotan y se desarrollan en todos los climas conocidos á favor de la indiferencia de los unos y la timidez de los otros, Balzac ha retratado los *suyos*, hermanos de los *nuestros*, de la manera siguiente: «De nada se asombran, se suenan las narices en lo más paté-

tico de una cavatina, gritan «¡Bravo!» antes que los demás, y venden por suyas las palabras que atrapan á los hombres de talento.»

Con esta breve indicacion desde luego se presiente, se adivina el tipo. Semejante superioridad se funda solo en la osadía, y ya se sabe que los osados están en mayoría en todas las regiones de la tierra. Por tanto, poseemos una gran cantidad de hombres superiores.

Rasgo saliente que forma la base del carácter distintivo del hombre superior: Hablar más y más recio que nadie en todos los asuntos y con toda clase de personas, entienda ó no la materia de que se trate; no manifestar nunca sorpresa ante ningun hecho por asombroso que sea, y mirar todas las cosas con esa especie de desden romántico que se parece mucho á la compasion.

Se habla en algun círculo literario de la última novela del más grande de nuestros escritores ó del último drama del más insigne de nuestros poetas; se citan los pasajes más interesantes ó las escenas más inspiradas de aquellas obras inmortales, se admiran sus bellezas sin entrar á discutirlas y se reconoce implícitamente el mérito del novelista ó del autor dramático; pero en esto llega el *hombre superior*, se balancea lánguidamente sobre sus tacones, arquea las

cejas, tose tres ó cuatro veces aunque no esté acatarrado, y entra en el análisis de la producción. Desde luego á él no le ha sorprendido: adivinó desde las primeras escenas el desenlace del drama ó el plan de la novela, y, aunque confiesa de buen grado que la obra vale, tiene interés en que conste de una manera evidente que á él no le ha maravillado ni mucho ménos.

Su empeño no consiste en demostrar que la obra sea mala enteramente, antes al contrario, es buena en su conjunto, bella en su forma, original en sus incidentes, elevada en su concepción; pero ¡no es ninguna cosa del otro jueves! Podrá tener gran éxito, y lo tiene sin duda, entre el vulgo de los mortales: de ningun modo entre los hombres superiores. ¡No faltaba otra cosa!

De la emision de sus opiniones y del tono que adopta se desprende que él lo habria hecho mejor. Y aunque no existe ninguna prueba en tal sentido, no importa: basta con su palabra.

Cuenta un militar viejo sus campañas de jóven en una tertulia de confianza; se enardece al recuerdo de sus proezas—porque no hay militar viejo que no haya sido valiente;—tiene suspensos el ánimo y la atención del auditorio y es objeto de la admiración general. ¡Pobre veterano si se halla presente algun hombre superior! ¿Se

habla de guerras, de valentías, de acciones heroicas, de hechos portentosos?—Aunque el hombre superior no ha sido militar y pareceria lógico que no desplegase los labios en tal asunto, vienen en su ayuda las guerras civiles, las revoluciones y los motines populares. Él solo, con un valor de que no hay ejemplo, defendió una barricada durante veinticuatro horas, contra el empuje tenáz de un batallon, salvando la vida milagrosamente. ¡Pues y cuando *levantó* una partida, á cuyo frente se puso, y anduvo un mes por cerros y vericuetos siendo el terror de la columna que lo perseguia! ¡Venirle á él con hazañas militares, con hechos de valor!—Ni el mismo Bernardo del Cárpio, ni el propio Cid Campeador los realizaron nunca mayores. Resulta necesariamente que, despues de oirle, el viejo militar queda tamañito por mucha brillantez de colorido que tenga su paleta.

Lo propio ocurre si se habla de ciencias, de inventos, de industria... y áun cuando se hable de *la mar*. Los hombres superiores no ignoran nada ni de nada se asombran. Todo lo presienten ó lo tienen previsto y la indiferencia es su cualidad característica.

¡Cuántos hombres superiores soñaban con la inmortalidad al iniciarse la guerra de Oriente!—Tenian en la punta de la uña la cuestion euro-

pea, censuraban con acritud las torpezas de la diplomacia, veían con claridad la intención de los *ingleses* y trazaban sobre la mesa de un café el nuevo mapa geográfico del mundo con la misma facilidad que una cuenta de la lavandera. Habían estudiado *á fondo* la cuestión, seguían atentamente las peripecias de la lucha, se elevaban al origen de los hechos y no podían equivocarse en sus juicios. Vana tarea la del que intentase contradecirles. Los hombres superiores no pueden ser vencidos. Desde el momento que ésto ocurriera, ¿en qué fundarían la imperdurable superioridad que forma su carácter? Su mérito es impermeable como las pelotas de goma ó los capotes para la lluvia.


Nunca podreis conocerlos por sus obras, porque no las tienen ni las tendrán; pero los distinguireis en seguida por su aire, su manera de andar y hasta por su modo de vestir. Ellos son los que entran en el teatro despues de levantado el telon y se marchan ántes de la conclusion del espectáculo; los que tosen fuerte cuando el silencio es más profundo; los que hacen como que leen *La Correspondencia* en la situacion más interesante,—por ejemplo, cuando el galan va á matar á la dama por haberla sorprendido en amoroso coloquio con el traidor;—los que en los dias de moda llevan una flor descomunal en el

ojal de la levita; los que saludan con una ligera inclinacion de cabeza sin acompañar el saludo de la indispensable sonrisa que resulta de tan buen tono en el trato social; los que jamás piden á nadie consejo ni aceptan las indicaciones de nadie por sábias que sean; los que cortan repentinamente una discusion cuando no pueden rebatir el argumento contrario, y otros muchos que no se apuntan por no cansar al lector.

Con toda la superioridad de que hacen alarde pasan por unos infelices y rara vez encuentran quien los tome en sério entre las personas de mediana cultura.

Mas como ellos no necesitan para su fama presente y su gloria póstuma del juicio ajeno, son felices con el propio y viven satisfechos, persuadidos de que no han inventado la pólvora por haber nacido un poco tarde.

Tal es el carácter general de los hombres superiores que, por una condescendencia de la autoridad gubernativa, andan sueltos por el mundo para divertimento de las gentes de buen humor.



XVIII.

CARDONA.

I.

Comienzo por rechazar
la intolerable manía,
el empeño singular
que quiere el tipo achacar
á la bella Andalucía.

No nació en ninguna parte;
hay quien dice formalmente,
dejando cuentos aparte,
que es una invencion del arte
ó un antojo de la mente.

Su real existencia abona

la opinion que predomina,
y diz que ven la persona
del simpático CARDONA
al volver de cada esquina.

—

Simbólica creacion
de musa regocijada;
tú eres viva encarnacion
de aquesta generacion
de ironía saturada.

II.

Del político venal
que, con astucia infernal
cambia á tiempo de postura,
y siempre va en derechura
de su *perpétuo* ideal;

—

Del hombre d' Estado hinchado
que no cumple en el poder
lo que ofreció al confiado
pueblo, que llegó á creer
palabras de hombre de Estado;

—



Del bizarro militar
que cuenta con interés
de su vida el rudo azar,
en las mesas del billar
y en tertulias de cafés;

Del que llega á literato
por su propia aprobacion,
y es su recreo más grato
manchar y morder ingrato
la ajena reputacion;

Del que hace de la amistad
el más nefando comercio,
y adora la falsedad
y cotiza la lealtad,
si se paga, á cualquier precio;

Del inmoral vividor
que se lanza con furor
á vivir sobre el país,
y siempre tiene en un tris
las costillas y el pudor;

Del infeliz calavera
que cuenta sus aventuras
en cualquier sitio á cualquiera
sin que uno, ni uno siquiera

desapruebe sus locuras;

Del orador taravilla
cuya erudicion prestada
es asombro de la villa
y en todos los ramos brilla
sin saber nada de nada;

Del maldiciente procaz
que no deja hueso sano
á cuantos halla á la mano
y hasta es de inventar capaz
lo que no cabe en lo humano;

Y, por fin, de todo aquel
que á algun vicio se abandona
y el *dios-éxito* le es fiel,
se dice—¡frase de hiel!—
«¡es más listo que CARDONA!»

III.

Hay veces en que una dama
una triste y larga historia
compendia en un epigrama

que de CARDONA la fama
eterniza la memoria.

Hay veces en que un galan
que á CARDONA con afan
sigue por su derrotero,
vierte un sarcasmo de acero
tocado con piedra-iman.

Y el mundo que se estaxía
con los cuentos de mostaza
que se estilan en el dia,
ni la calumnia rechaza
ni condena la falsía.

IV.

CARDONA es la quinta esencia
de la gracia, del donaire,
del valor y de la ciencia;
y nadie hará á su excelencia
el más mínimo desaire.

CARDONA, yo te venero,
mito, trasco ó realidad,

y verte algun dia espero
por el más ancho sendero
guiando á la humanidad.


—

Y aunque no envidio tu gloria
ni apruebo tu proceder,
no deajo de conocer
que pasarás á la historia
cuando aquí dejes de ser.

—

En tanto sigue en tus trece
y gobierna á tu capricho
el mundo que te merece:
si algo de mí se te ofrece....,
¡no cuentes conmigo!—He dicho.

—



XIX.

EL PATRON-ARAÑA.

I.

Aunque el oficio es marítimo y estamos del litoral bastante lejos, no obstante, bien se puede asegurar que, como Dios, este tipo en todas partes está.

Aunque esta villa famosa tiene un estanque *capaz* y en él pudiera el patron con holgura practicar su oficio, es cosa sabida que el casco de la ciudad es su más propio elemento, y es su aspiracion tenaz, que de sus hechos famosos exclamen: «¡Esto es la mar!»

II.

Tiene un aire protector
que es su mágico amuleto
é infunde cierto respeto
que previene en su favor.

Es su lema la osadía,
y se dibuja en su frente
aquel arrojito imprudente
que es signo de la energía.

Mas ántes de proseguir
conviene una aclaracion:
la energía del Patron
solo se deja sentir

de lejos, como los truenos,
y, enérgico, se arrebatata
tan solo cuando se trata
de los asuntos ajenos.—

Franco, alegre, decididor,
siempre en el chiste oportuno,
arregla como ninguno
las cuestiones del honor.

Las leyes del duelo sabe,
aunque nunca se ha batido,
y jamás ha transigido
si la ofensa ha sido grave.

A todo el que le consulta
le dá, de balde, una idea:
por grave que el hecho sea
jamás su opinion oculta.

Por nada del mundo vuelve
sobre una opinion lanzada:
sin asombrarse de nada
todo al punto lo resuelve.

El siempre tiene influencia
con la situacion reinante
y os ofrece en un instante
su apoyo y su complacencia.

¿Hay que pedir un destino?
El se juzga con poder
para llegarlo á obtener
en el más breve camino.

¿Que uno dijo una expresion
con voz ágría y tono fuerte?
Su remedio: Duelo á muerte

por toda satisfaccion.

¿Que está la pátria oprimida
por un torpe despotismo?
Pues hay con noble heroismo
que sacrificar la vida.

Y por toda solucion,
en tan crítico momento
solo tiene un pensamiento:
el de la sublevacion.

En todas esas cuestiones
á que atrevido se lanza,
solo pone su esperanza
y sus buenas intenciones.

Y siempre encuentra un registro
para cumplir su deseo;
pues aunque ofrece un empleo
sin conocer al ministro;

Y arregla un lance de honor
echando su cuerpo fuera
procurando que *alguien* muera
de la manera mejor;

Y fragua el súcio motin

sin exponer su persona,
un gran mérito le abona
de sus hazañas al fin.

Tiene bastante elocuencia
para poder disculpar
sus yerros, y hasta pasar
por un hombre de conciencia.

Y así prosigue su imperio
y ejerce su profesion,
sin que logre la razon
aclarar este misterio.

En su proceder se encierra
este refran elocuente:
«*Araña* embarca la gente
y luego se queda en tierra.»

III.

Por eso á la verdad á nadie extraña,
antes juzgan la cosa muy sencilla,
el ver en esta Villa
tanto *Patron de Araña*,

En todas las esferas del Estado,
explotando la cándida inocencia,
en unas ocasiones,
del bueno y del honrado,
y en otras ocasiones la indolencia
ó tal vez los instintos del malvado,
el *Patron* consabido
vive á nuestras costumbres adherido.

—

En las armas, las letras y las artes,
en la agitada esfera del gobierno;
en fin, en todas partes
merodeador eterno,
vive á sus anchas el *Patron de Araña*
explotando en su propia conveniencia
esta tierra de España,
que es, vamos al decir, la quinta esencia,
el más puro crisol de la hidalguía
que raya alguna vez en tontería.
—Prosigue tu camino,
excelso *tipo* de feliz memoria,
y cumple tu mision ante la historia
y realiza en el mundo tu destino.

XX.

LA POBRE VERGÓNZANTE. (1)

¡Cuánta razon tenían aquellos FILÓSOFOS!...

Hubo tiempos,

años felices cuando Dios queria,
en que algun pensador, miembro de una flaman-
te escuela comunista, se atrevió á decir en letras
de molde que la caridad es un crimen.

Cuantos tuvieron noticia de esta *especie* pusie-
ron el grito en el cielo, y hasta yo, que me
precio de ser un hombre *despreocupado*, lanzán-
dome á los horrores de una polémica, sostuve
grandes discusiones con aquel que tan mal para-
da dejaba la caridad, y hasta creo que le convencí
de su error.

Sin embargo, hoy no deajo de conocer que mi

(1) Publicado en el II tomo de *Las españolas pintadas por los es-
pañoles.*

contendiente tenia mucha razon, si bien no era una razon absoluta, al asegurar que la caridad es un crimen.

No era ni es uno solo: han sido varios los filósofos que han sentado y sientan tan terrible máxima.

Alguien ha dicho que las circunstancias que rodean al escritor en su vida privada influyen mucho en sus ideas públicas.

Ateniéndome á *ese* dicho, estoy por conceder la razon, sin disputar con ellos, á los que han afirmado que la caridad es un crimen.

Acaso se han visto acosados incesantemente por esa RECAUDADORA de todos los tiempos que se llama pobre vergonzante y que de *todo* necesita, ménos de la caridad pública.

Si este ha sido el motivo de que tal cosa se diga, yo disculpo y perdono de todo corazon á los que tan grave ofensa infirieron á la más sublime de las virtudes y al más santo de los deberes.

¡Desgraciados! Comprendo su desesperacion.

* * *

Existe en España, principalmente en Madrid, una pléyade de VIVIDORAS que, á semejanza de las langostas y de la *filoxera*, asuelan sin darse mo-

mento de reposos dilatados y feraces campos de la credulidad pública, mereciendo el calificativo de *desgraciadas* por parte de unos, el de VÍCTIMAS SOCIALES por parte de otros, y excitando el sentimiento de la filantropía en todos los corazones magnánimos.

¡Cuántas veces ¡oh lector benévolo! no te habrás visto *agradablemente* sorprendido en medio del bullicio de una procesion, de una plaza ó de un paseo, por una *señora* decentemente vestida que asiéndose suavemente del gaban, bajos los ojos y toda ruborosa y confusa, habrá exclamado en un tono que tú solamente has podido oír, á pesar de encontrarte rodeado de gente: «Caballero, soy una pobre vergonzante; socórrame V. por el amor de Dios!»

Como el hábito hace al monje, tú, al ver delante de tí implorando tu socorro á una mujer que lleva manto ó velo, aunque sean usados, te figuras estar mirando á la viuda de un bravo militar á quien el gobierno desatiende por las ideas políticas del difunto, ó te imaginas la huérfana de un comerciante *quebrado*, ó la esposa de un cesante que tuvo un gran destino, ó, en resúmen, un sér misterioso, casi fantástico, pero siempre una *mujer decente*, una pobre más digna de compasion por su *clase* que las pobres que, yertas de frio, piden limosna públicamente en las puertas

de los templos y en las esquinas de las calles.

Y como es natural, dadas tus creencias y tus preocupaciones, lector incauto, si llevas dinero (lo cual es muy discutible), despues de ponerte encendido como un pavo, porque juzgas herir la dignidad de la POBRE, la entregas disimuladamente el par de pesetas que acaso tenias para convidar á tu novia, y te marchas triste, sombrío y hasta conmovido de aquella desgracia, que tú atribuyes á la viciosa organizacion que nos rige.

Si en vez de entregarte á consideraciones tan dolorosas fueras ménos *sentido* y te dedicaras á seguir los pasos de la pobre vergonzante, observarías que de cinco en cinco minutos, durante dos ó tres horas, se repite la escena que tanto te ha mortificado, y que la pobre vergonzante ha *ganado* en ese tiempo más dinero que tú en una semana (se entiende, si no eres empleado del gobierno).

* * *

La pobre vergonzante que en medio del bullicio ó en los parajes solitarios asalta diariamente al transeunte en cuya fisonomía cree encontrar mayor contingente de candidez ó generosidad, es precisamente la antítesis de lo que representa; pero como en esta bienaventurada sociedad

sólo hay que guardar las formas exteriores; como las corrientes de la opinion siempre se deslizan por el cauce de las apariencias, de aquí que tengamos que sufrir además de los *caballeros de industria* y los vagos de todas especies y categorías, á la PROFESORA de la mendicidad, ó sea la pobre vergonzante, que si no lo es, al ménos lo parece.

La mujer que acepta la cómoda manera de vivir á costa del prójimo, estudia detenidamente su plan de accion, y una vez decidida á representar el papel de víctima, facilísimamente entra en el gremio de los séres privilegiados, casi podria asegurarse que es feliz, y hasta pudiera creerse que lo pasa tan bien como un ministro cesante ó como un párroco de aldea despues de haber sido *cabecilla*.

Porque ¿qué inconvenientes ofrece el pasar dos ó tres horas cada dia dedicada á la dulce ocupacion de pedir, cuando verificándolo en calidad de pobre vergonzante ha de compadecerla todo el mundo, y sólo el que nada posea dejará de socorrerla?

Aunque bien mirado, ella pocas veces se dirige al que no tiene dinero, lo cual se conoce á la legua.

Verdad es que el pedir limosna suele ser repugnante para una persona *decente*, pero esto es

el primer día; que una vez acostumbrada, hasta es divertido, máxime cuando á la pobre vergonzante rara vez se socorre con calderilla por no herir su delicadeza, y lo que mucho produce, jamás puede repugnar á quien por su provecho vive engañando al mundo.

Supongamos que la vergonzante por antítesis pide limosna diariamente á veinticinco caballeros (caballeros segun su dicho), y supongamos tambien que recoge de cada uno, por término medio, una peseta.

Ahora figúrense Vds. cómo vivirá la persona que disfruta un salario de cinco duros.

Si es anciana, todo el mundo la respeta por el respeto que las canas infunden.

Si es jóven y bonita, nadie osa ofender su pudor porque no se crea que un caballero pueda nunca abusar de la desgracia, toda vez que el pedir limosna una mujer que podia *valerse* de su hermosura, más que deber, el mundo entiende que es virtud.

Así, pues, libre de todo peligro, ejerce su *honrada* profesion, vive á sus anchas, y disfruta sin cortapisas de ningun género de todos los placeres de la vida, de todos los beneficios de la tierra.

Ella lo entiende.

La pobre vergonzante de esta especie, puede ser la viuda de un militar á quien su modesto sueldo no permita vivir con las mismas comodidades y con el mismo lujo que cuando *lucian* las estrellas de su marido, y que, no pudiendo resignarse á una existencia más tranquila, y sobre todo más conforme á su estado, hace el *sacrificio* de algunas horas todos los dias, las que destina á engañar bobos, para no dejar su palco de la Zarzuela, ni interrumpir sus periódicas tertulias de confianza, ni dejar de arrastrar sedas, porque todavía tiene pensamiento de atrapar un coronel en cambio del comandante que perdiera.

Puede ser la esposa del desgraciado que, por efecto de las frecuentes convulsiones políticas ó de los eternos odios de bandos, ha descendido desde el *elevado* puesto de una direccion, al inseguro destino de escribiente temporero en la oficina más insignificante de un ministerio.

Este destinillo, sin embargo, le produce para ir saliendo aunque con trabajo; pero su mujer, que está acostumbrada á cenar todas las noches en el café, á vivir en piso principal, en buena calle, y á tener criados, no puede en manera alguna amoldarse á la estrechez, no puede prescindir de ninguno de estos menesteres, y se devana los sesos y procura hallar un recurso que la salve de lo que ella llama privaciones.

Al fin lo encuentra. Entrar en el gremio de las pobres vergonzantes.

Tambien pertenece á tan terrible cofradía, ¡y esto es lo más triste! la que sin saber ensartar una aguja puede acreditar que es *costurera* porque así consta en su cédula de vecindad, sin embargo, de haber estado dedicada libremente, amparada por la ley, á otra *profesion* muy distinta, á una profesion que el gobierno quiere cubrir (por lo fea) con la de *costurera*, pero que está en la obligacion de proteger, puesto que paga contribucion como *industria* reconocida.

¿Se van Vds. enterando?

No puedo ser más explícito tratándose de *costureras* de esta clase.

La *costurera* en cuestion, cansada de ejercer su ordinario *oficio*, y si no cansada, desesperada porque no le produce cuanto ella quisiera, ensaya una semana el papel de pobre vergonzante, y lo de vergonzante es para ella lo más difícil; ensaya, digo, y una vez en *carácter*, se lanza resuelta á la escena, arrancando del compasivo público lágrimas como limones.

El que poniendo en la mano del pobre ciego ó en el sombrero del infeliz tullido un ochavo *moruno* cree haber cumplido con los santos deberes de caridad y de humanidad, lo ménos que se atreve á dar á la pobre de mantilla ó de toca es

una peseta, porque como dejo dicho, nadie juzga prudente socorrer con calderilla á esta clase de necesitadas.

Como la cabra siempre tira al monte, sucede que la pseudo-vergonzante se acuerda de sus buenos tiempos de *costurera* á la manera que lo entiende el gobierno, y sin perjuicio de practicar diariamente su nueva industria, dedícase en sus ratos de ócio, que forman la mayor parte del día y de la noche, á sus antiguas y casi necesarias ocupaciones.

Así, los cuatro ó cinco duros que ella recoge cuotidianamente, en su parte más principal sirven para subvenir á las necesidades y aun á los vicios de cierto jóven elegante, que sin trabajar ni ocuparse en nada útil, lujosamente vestido, pasa la flor de su vida en los garitos del juego y en todos los demás centros que simbolizan la corrupción en sus diversas y múltiples manifestaciones.

Para esto sirve, ¡oh público sencillo! la peseta ó el escudo que, quizás haciendo un gran sacrificio, entregas con la mayor finura á la pobre vergonzante que te he malamente bosquejado.

Después vente con consideraciones filosóficas que hasta en demagógicas rayan, al ver el desamparo de tan desgraciada criatura.

¡Tú si que eres desgraciado!

* * *

Tambien pertenece al *oficio*, y esta es la vergonzante más temible, la marquesa arruinada, la coronela viuda que no disfruta *viudedad* por haberse casado con el *difunto* cuando este era subalterno, la consorte del abogado sin pleitos, la esposa del empleado cesante que ha de mantener un gran tren para casar decentemente á su hija, y en fin, todas aquellas que representaron un distinguido papel en la sociedad y á todo trance se empeñan en seguir representándolo.

Esta sucursal de la laboriosa compañía de las vividoras emplea para ejercer su profesion un procedimiento más decoroso, más elevado, y sobre todo más sencillo que el que usan sus colegas.

En lugar de lanzarse á la calle á explotar la generosidad de los desconocidos, esta fraccion, por el contrario, vive solo de sus conocimientos, únicamente se dirige á sus amigos de confianza.

Quincenal ó mensualmente escriben una docena de cartas que respectivamente envian á otros tantos amigos elegidos entre los más ricos y generosos que conocen.

Cada una de aquellas cartas encierra con levisimas variantes este contenido:

«Señor don fulano de tal:

»Por ser Vd. uno de mis mejores amigos, y la única persona de mi completa confianza, me atrevo á dirigir á Vd. la presente, despues de haber sostenido una terrible lucha conmigo misma, encaminada á pintarle lo violento y excepcional de mi situacion.

(Aquí entra una descripcion patética y aterrador.)

»Por lo tanto, si Vd. se digna amenguar en lo posible mi crítica posicion, yo, además de agradecerlo con toda mi alma, *reintegraré* á Vd. oportunamente, pues esto no puede durar mucho tiempo.

»Espero de la caballerosidad de Vd. que *esto* quede en el más absoluto silencio.

»Sin otra cosa particular, me repito, etc.»

«Fulana.»

El que recibe una de estas epístolas se conmueve, *filosofa* gran rato, aunque sin culpar á la sociedad presente que es demasiado justa para con él, y concluye por enviar á su desgraciada amiga un billete de quinientos reales por el correo interior sin escribirla una palabra, porque cuanto pudiese decirla rebajaria la dignidad de tan elevada señora.

No piensa en el reintegro de su desembolso, y el que pensase seria inútil, y solo desea que aquella mujer desventurada logre alcanzar mejores dias.

Ella recibe mensualmente una suma con la cual podrian vivir holgadamente media docena de familias verdaderamente desgraciadas: gasta supérfluamente este dinero en coches, en bailes y en teatros, jamás socorre á los desvalidos, y....

Y el mundo en tanto sin cesar navega por el piélago inmenso del vacío.

* * *

Ya me parece que oigo decir á más de un lector encarándose conmigo:

«¡Segun Vd. no existe la pobre vergonzante!»

Si señor, existe por desgracia; pero no es la que Vd. vé, no es la que á Vd. se llega en el paseo, no es la que le escribe por el correo interior invocando su caballerosidad; es la virtuosa madre que por alguna veleidad de la fortuna, no tiene pan que dar á sus hijos, y ántes de ser gravosa á nadie, empeña sus trajes y sus halajas, vende sus muebles, agota todos sus recursos, y hasta es capaz de morirse de hambre en un rincón cuando de todo llega á carecér, porque nadie se aperciba de su miseria.



¿Le parece á Vd. que hay en esto exageracion?

Si le parece, es porque no conoce el mundo, porque no se ha tomado el trabajo de estudiar la sociedad en que vivimos.

Esta pobre vergonzante, si sale á la calle impelida por los gritos lastimeros de sus hijos á pedir una limosna, representa una vergüenza verdadera, un rubor no fingido, y apenas ha reunido lo necesario para que su familia no perezca de hambre, regresa á su casa satisfecha y dando gracias á Dios.

Vamos á ver, dígame Vd. ahora que ésta no es una pobre vergonzante, ¿una pobre de verdad!

Lo es tambien la honrada esposa del desgraciado artista á quien nadie compra sus obras porque carece de reputacion.

La que contempla meses y meses á su marido sufriendo en el lecho del dolor los accidentes de una penosa enfermedad, y que solo contaba para vivir con el sueldo de aquel.

La madre de muchos hijos que solo cuenta para mantenerlos y educarlos con el cortísimo haber de siete ú ocho reales diarios, porque su esposo murió como militar pundonoroso defendiendo á su pátria.

Y otras muchas que no enumero por no fatigar demasiado á mis lectores.

Esta es, en sus diferentes manifestaciones, la pobre vergonzante; pero ésta generalmente no sale á pedir en público fingiendo que lo hace con pudor, ni escribe á nadie epístolas como la que copio más arriba, ni tiene palco en la ópera, ni asiste á los bailes, ni, en una palabra, vive á costa del prójimo.

Vosotros, ¡oh ilustres varones! los que vivís en situacion de poder consolar al afligido, los que llenais vuestro corazon con el dulce sentimiento de la fraternidad humana, buscad, indagad el paradero de esas víctimas sociales, de esas familias desgraciadas, de esas verdaderas pobres, socorred sus necesidades, enjugad sus amargas lágrimas, y habreis cumplido con el más grande de vuestros deberes.

En vez de entregar vuestro dinero á esas pobres vergonzantes que no poseen el menor resto de vergüenza y que indudablemente son más ricas que vosotros, entregadlo sin escrúpulos y sin miramientos á las que verdaderamente lo necesitan, y habreis merecido bien de la humanidad.

Si no las conoceis, buscadlas.

Y si por acaso os salen alguna vez al encuentro, no titubeis ni un minuto, entregadlas inmediatamente el busto de D. Alfonso XII representando veinte reales.

¿Y cómo, dirán de nuevo mis lectores, vamos

á distinguir á las verdaderas pobres de las que no lo son, si ambas salen á pedirnos?

¡Ah, inocentes, y sobre inocentes egoistas! ¿Quereis, por ventura, que yo os enseñe hasta á conocer las personas? ¿No habeis aprendido á distinguir la moneda buena de la falsa? No se pesca el coral en las llanuras de la Mancha ni se cria la perla fuera de la concha, por más que se haya dicho aquello de *perlas en el fango*. Todo se consigue con buena voluntad,

«que aunque en el mundo cruel
solo se acierta á fingir,
es muy fácil distinguir
el oro del oropel.»



XXI.

LAS MUJERES COMUNICATIVAS.

Que es honrar á las mujeres
deuda á que obligados nacen
todos los hombres de bien.

(LOPE DE VEGA.)

Por lo que á mí respecta, no solo estoy dispuesto á honrarlas, respetándolas como se merecen, sino que las amo algo más de lo que debiera, de lo cual, por otra parte, no estoy arrepentido ni espero arrepentirme nunca mientras ellas no dispongan otra cosa; pero como la verdad, que el escritor debe al público, no está reñida con la galantería ni el amor, y hay mujeres que á pesar de todas las consideraciones, son dignas de censura y que, á imitación de los vivos que quedan retratados, engañan al mundo y aduermen su conciencia (suponiendo que la tengan) á trueque de pasar esta pícara vida de la mejor manera posible, he de permitirme

dar á conocer el tipo variado de la *mujer comunicativa*, interesante en alto grado y por más de un concepto digno de ser conocido.

Víctor Hugo ha dicho: «La que quiera ser virtuosa no debe tener piedad de sus manos.»—Pero como hay muchas mujeres que no han leído al profundo escritor francés, ó no le han querido entender aun leyéndole, que no hay peor sordo que el que no quiere oír; como hay tanto horror al trabajo y la holganza es ya casi un vicio universal en esta clásica tierra de España, de aquí que muchas mujeres, teniendo de sus manos una piedad sin límites, entiendan que la virtud es solamente una palabra, y procuren sacar de su *condicion* todo el partido posible.

Madrid tiene una fisonomía especial y propia bajo ciertos aspectos, y, como todos los centros populosos, ofrece ancho campo al desarrollo de ciertas *industrias*, poco ménos que desconocidas en provincias, y que tienen por único fin engañar al público al objeto de explotarle.

La mujer, armada de su *pudor* y de su *debilidad*, máquinas formidables contra las cuales no hay defensa posible, tiene en Madrid, mejor que en parte alguna, espacios dilatados y horizontes sin límites para ejercer con provecho, aunque no con honra, el poco envidiable oficio de *comunicativa*. Se aburre de la soledad: el as-

etismo romántico de la Edad Media le crispa los nervios, y en eso del *espíritu de asociación* dá quince y raya al más furioso y *espeluznado* internacionalista.

Para imaginar el tipo y hasta sorprenderle en su terreno propio, basta solo fijarse en la cuarta plana de *La Correspondencia* y reflexionar brevemente sobre las curiosidades que simétricamente encierra.—Allí, en el campo de batalla del inconcebible doctor Garrido cuyo estilo y travesura tanto divierten al público *sensato* y aun al *ilustrado* público; flotando en aquel *piélago* inmenso de amas de cria y liquidaciones *forzosas*, se leen con frecuencia suma anuncios como los siguientes, que vienen á bosquejar en el cristal del entendimiento el tipo que intento describir.

Hé aquí los anuncios que se publican á espaldas, ó en las espaldas, de *La Correspondencia*:

«Una jóven desea *colocarse* con un señor solo. Es de *buena* conducta. (La jóven, entiéndase bien.)

—Una señora sola, cede sala y alcoba á uno ó dos caballeros estables.

—Casa particular, señora sola, cede sala y alcoba exterior.

—Una señora desea *otra*, ó un caballero, para vivir en compañía.